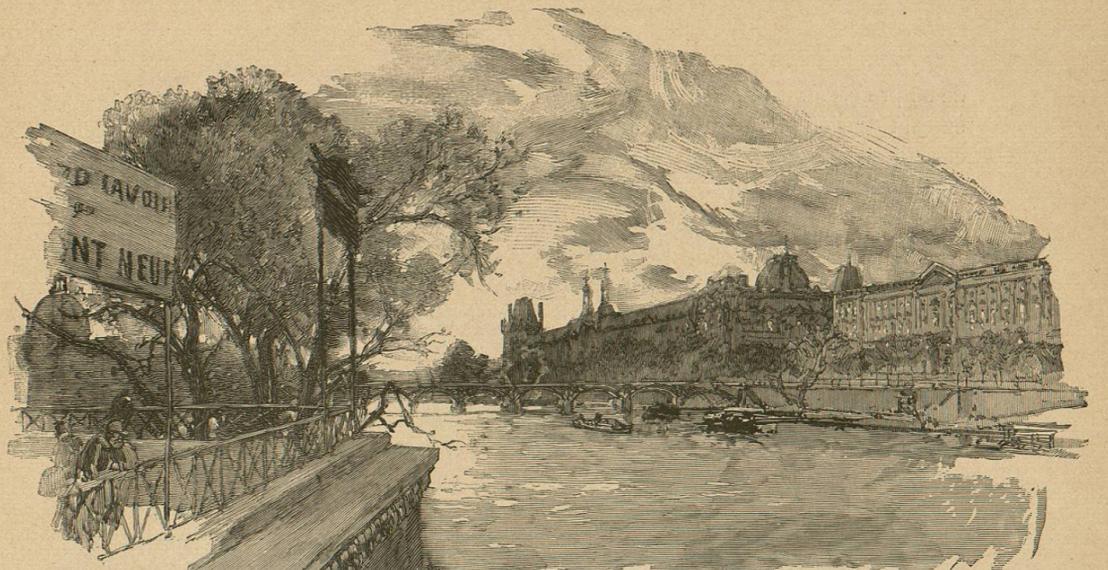


radero, la cual reúne los nombres célebres de Alejandro Dumas, hijo, de Banville, de F. Coppée, de Julio Simón y de Guy de Maupassant, del doctor Charcot, de Edison, de Camilo Flammarion, de Sarcey, etc., etc.

Como se ve, no hemos olvidado nada esencial en este amplio conjunto. Nuestra publicación será variada é instructiva, clara y completa, de fácil lectura y sobre fácil, instructiva y agradable para todos.

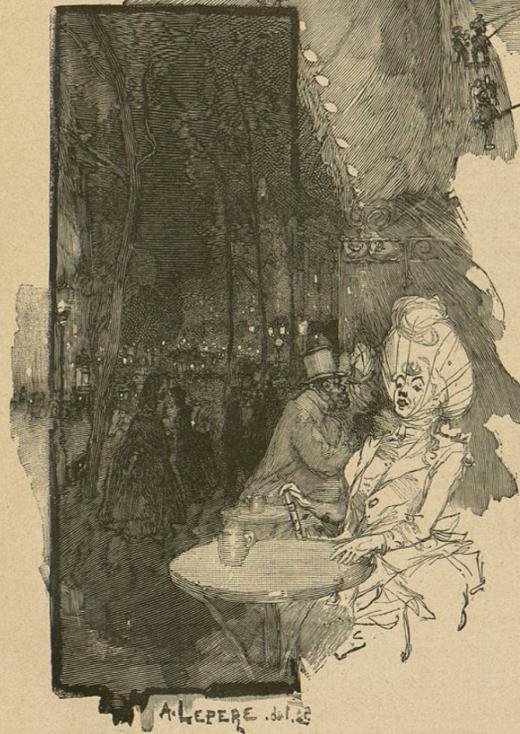


¡PARIS!

A Luis de Fourcaud.

Mi querido amigo: Parece que mis prólogos traen fortuna. Acaso sea porque en un libro es lo primero que se pisa. Y en las revistas también, por de contado. Por eso, así me lo imagino, deseas que en la portada de la tuya ponga algo de mi prosa. No dejaré de corresponder á tu fe de buen jugador, ni á nuestra antigua amistad. Si tu *Revista* no hace fortuna, no seré yo quien haya faltado, sino el proverbio.

Pero la hipótesis viene á ser aquí inverosímil, pues aun sin hablar de la ilustre redacción literaria y artística que has sabido agrupar á tu alrededor y que inscribe en tu oriflama los nombres más esclarecidos de la Francia intelectual contemporánea, tú eres, amigo mío, el verdadero abanderado. El editor que te ha elegido para dirigir esta *Revista* no me parece atacado de la enfermedad ordinaria de los



de su profesión: este se sirve de sus ojos para ver, de sus oídos para oír, y necesitando en esta ocasión un literato conspicuo, un crítico disertado, sabio y liberal, este raro editor encuentra manos á boca al hombre que reúne en sí todas estas cualidades y realiza su ideal. No es culpa tuya, después de todo, si este hombre se llama Luis de Fourcaud y si lleva el parentesco contigo hasta la identidad absoluta.

¿Has observado que en París, la ciudad justiciera después de todo, lo que debe hacerse se hace siempre al fin y al cabo por quien de derecho debe hacerlo y que la incapacidad aborta luego en su vana tentativa de usurpación, para que los más parciales como los menos avisados acaben muy pronto por recurrir á las verdaderas aptitudes? Todo se rompe fuera de su lugar. ¿Quién se engaña en París? Nadie. El fabulista lo dijo con su sencilla melancolía: «El que es lobo, como lobo obra.» A los artistas corresponde dirigir los trabajos de arte. No te lo envió á decir.

Esto sentado, hablemos.

Entre las preocupaciones verdaderamente patrióticas que nos asaltan en estos momentos y que abaten la frente de los más audaces, la del éxito de la Exposición universal es nuestra mayor angustia. Cualquiera que sea el partido á que pertenezcamos, bien comprendemos todos que esta fiesta de la paz dispuesta heroicamente por un pueblo vencido en una fecha histórica cuya conmemoración, terrible para unos, dulce para otros, pone otra vez en alarma á los celadores del pasado y á los del porvenir, equivale á un reto al vencedor y suena á torneo.

El *Campo de Marte* está bien denominado en este momento: en él se prepara una gran batalla.

Del vencedor será el siglo xx.

Pues bien, por un día, el bulevarista quiere dejar de reír y á todos esos corazones que laten en pechos franceses quiere comunicar su calorosa fe y la serenidad de su optimismo razonado. No temáis nada; trabajad con calma y adelante. Escrito está: la victoria está asegurada á París. El éxito es seguro: el siglo xx será de Francia... La Europa va á entregarle sus llaves.

Y ¿sabes, amigo mío, sabes lo que hinche así mi alma de esperanzas? Es mucho menos el presentimiento, esa razón de los poetas, que la conciencia del papel extraordinario que desde su terrible sitio desempeña nuestra ciudad en el drama de los intereses europeos. París es la única ciudad del mundo moderno en que pueda realizarse con éxito feliz una Exposición universal; y esto por la razón de que su cosmopolitismo, aumentado de día en día, casi de hora en hora, ha hecho de París la Meca santa de las caravanas del arte, de la ciencia, de la invención, del genio, y todo el año es de suyo París una exposición universal permanente del trabajo, de la idea y de los descubrimientos. Las vastas exhibiciones, excepcionales y ruinosas para las demás capitales, son en París el estado normal, continuo, diario. El lujo no interrumpe aquí su fiesta, el buen gusto no agota aquí su alegría y París es la ciudad de los trescientos sesenta y cinco domingos.

Se ha criticado mucho á Hugo por haberla llamado la *Ciudad-Luz*, y se ha hecho mal. No es hiperbólico su encomio: París irradia ciertamente luz como un faro en las tinieblas del mundo actual. De ello se convence uno mismo cuando nos alejamos, siquiera sea por poco tiempo, de nuestra ciudad, comprendiendo entonces bien que sean

atraídos los extranjeros como falenas por esa claridad formidable y victoriosa de las sombras.

Literal y metafóricamente «no se ve» sino en París. Los que se burlan aún de Víctor Hugo que tal dijo no se burlarán, á lo que entiendo, del príncipe de Bismarck. Pues bien, el Richelieu teutón juzga en esto lo mismo que el poeta. ¿Qué tienes que decir de esta autoridad? Algún tiempo después de la guerra, preocupado nuestro vencedor de la vitalidad inconcebible de este París al que nada abate, ni arruina, ni acobarda, y departiendo con algunos confidentes sobre lo que debería hacer Alemania si un día levantaba Francia la cabeza, pronosticó la derrota de todos los que atentaran contra nuestra *Ciudad-Luz*, cuyo sitio le pesaba haber puesto. El único medio que en su sentir había para reducir á Francia era aislar de ella su capital, declararla ciudad libre y aceptarla por ciudad santa del mundo actual moderno. El canciller de hierro ha tenido este sueño de decapitación de la patria francesa, y Máximo du Camp es, según creo, quien lo ha referido.

Ciertamente no hay que ver en esto más que una genialidad, «una humorada de sobremesa,» como se dice en Alemania, de ese Rosenthal del ajedrez europeo; pero bien prueba, á lo menos, el despecho berlinés y el homenaje rendido á la que ellos entre sí llaman *Babilonia*.

No, no hay nada que temer para una Exposición universal en una ciudad que inspira á sus mayores enemigos tales expedientes para vencerla.

Pero quien dice París dice también Francia.

En estos momentos esta Francia sirve aún para algo. Por ejemplo, cuando un apóstol del bien, como León Tolstoi, no sabe dónde decir la verdad, viene á decirla á París, quedando así probado que, á pesar de la república, esta pícara Francia es el único país libre de la tierra... Entonces ¿qué es lo que les cuenta á sus serpientes el domador de reptiles de Varzin? ¡Intransigentes nosotros! Pero si es aquí donde se piensa, hasta en ruso, señor canciller. He aquí que León Tolstoi nos envía ahora el primor de sus libros. Sí, el que Ivan Tourgueneff moribundo llamó «el gran escritor de la tierra rusa,» publica su libro en casa de Marpon, y el bulevar tiene el genio eslavo.

Ha habido también el genio alemán y habrá todavía, á dar crédito á Ricardo Wagner, aunque interesado. Wagner no se ocultaba para decir á quien quería oírlo que su música no sería nunca comprendida sino en Francia. Y aun añadía: «bien ejecutada.» Porque el maestro era hombre de mundo.

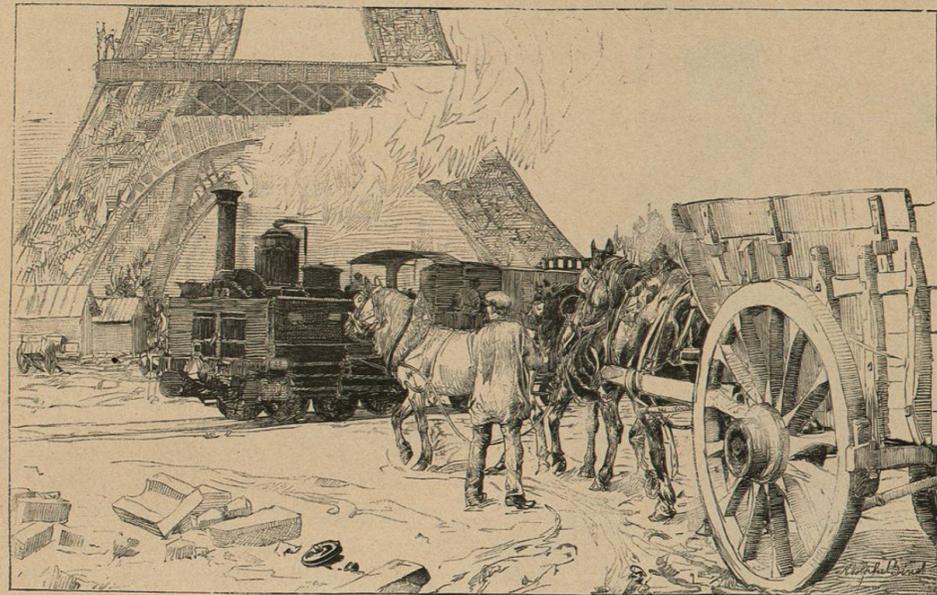
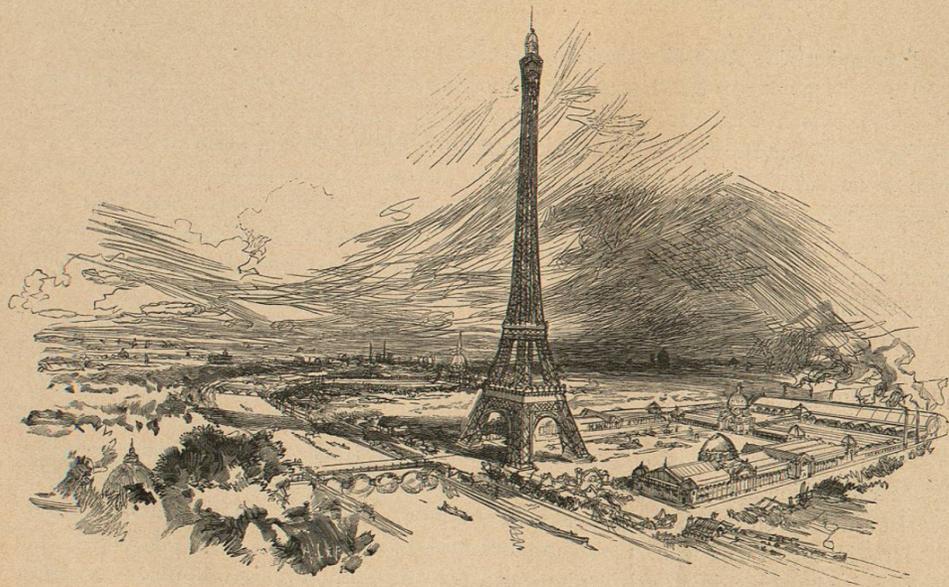
Y es que Wagner, como León Tolstoi, como todos los que ven en las tinieblas, conocía muy bien este axioma de la filosofía moderna: Todo hombre de genio tiene dos patrias; la suya en primer lugar y Francia después... ¡Ah signor Crispi! no es culpa nuestra. Nosotros no hacemos nada, al contrario, para aumentar así el patriotismo de los grandes hombres de este tiempo. Si León Tolstoi publica un nuevo libro (*De la vida*) en París, en lugar de publicarlo en Roma ó en Berlín, no es ciertamente por invitación de nuestro general de división electoral. El general que nos divide más no ha prometido el ministerio de agricultura al gran Mago de Toula, si consiente en dar exclusivamente á Francia las primicias de un magnífico manual de libertad que no quiere Rusia y prohíbe el czar: nosotros no debemos tan honrosa distinción sino á la voluntad del mismo autor.

Es un homenaje espontáneo á la patria de apelación, á la patria adoptiva, que tienen sobre la tierra todos los perseguidos, los no comprendidos y los fuertes que luchan por las ideas. Tenemos para ellos, prensas no más, y vosotros en Roma no las tenéis. Y ¿por qué no las tenéis? — Porque se opone á ello el encantador de serpientes. — Allá tú, Italia. Cada cual se acuesta en el lecho que se hace.

Pero aquí me detengo, mi querido Fourcaud, no teniendo ya nada que decir ni que añadir á esos dos rasgos (los más recientes), la apelación de Wagner y de Tolstoi á la libertad y á la hospitalidad de París. Pero ellos garantizan por sí solos el triunfo de esta Exposición universal, cuyo historiador vas á ser, y el sentimiento que me dejan expresar, no puede ya expresarse sino con esta exclamación, que por anticipado y sin temeridad, podemos hacer los dos:

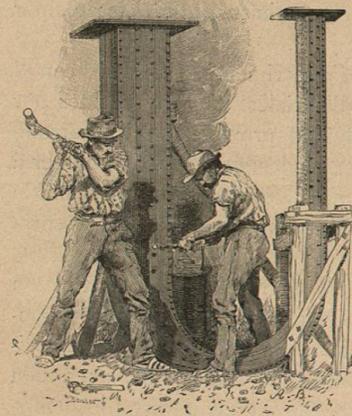
¡Viva Francia! ¡Viva París!

EMILIO BERGERAT.



Los transportes durante los trabajos

LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES



UNA Exposición universal en el estado de civilización en que nos encontramos, en nuestro mundo tan profundamente renovado de dos siglos á esta parte por el doble esfuerzo de la filosofía y de la ciencia, á fines del siglo XIX, que ha visto tantas ruinas, pero también tantos ensayos, tantos descubrimientos, tan misteriosas florecencias y manifestaciones tan grandiosas; una Exposición universal, que concentra por cuarta vez en París las fuerzas vivas del Universo, es una empresa tan vasta y tan atrevida, tan liberal y de tanto alcance, que no podría estudiarse demasiado cerca ni con excesivo método. Francia invita á venir á medirse con ella en la luz y dulzura de la paz. No tenemos orgullo ni odio, cual cumple á trabajadores cuyo campo fué asolado por grandes tempestades, y que han debido con infatigable labor reconstituir su patrimonio y rehacer sus hogares. Habiendo realizado todo lo que nos ha sido posible realizar, plácenos mostrar á todos nuestra obra de lealtad, de energía,